

FREDRIC BROWN
MARCIANO, VETE A CASA

SUPER
FICCIÓN



Un escritor se refugia en una cabaña mientras escribe su próximo relato. Al instante un extraterrestre proveniente de Marte aparece de la nada. Pronto, cientos de miles de marcianos aparecerán en todo el mundo, desorganizando la civilización humana.

No vienen como conquistadores, sencillamente, su interés es molestar. Pueden verlo todo. De esta manera, los secretos militares, políticos, personales, amorosos, son dados a conocer por estos seres pequeños que rinden culto a la verdad. Lógicamente, la sociedad humana no puede resistir semejante juego, por eso, el clamor pronto llega a ser unánime: *¡Marciano, vete a casa!*

Un producto imaginativo y una novela por demás extraña, insólita, que a pesar de estar catalogada en el género de ciencia-ficción, circula sobre el camino de la comedia.

Prólogo

El que los pueblos de la Tierra no se hallasen preparados para afrontar la llegada de los marcianos fue exclusivamente culpa suya. Debieron haber prestado mayor atención a la advertencia que supusieron los sucesos del siglo anterior y, en especial, los de las precedentes décadas.

En cierto modo, se puede considerar que tal advertencia databa de mucho tiempo atrás, ya que desde que asentó la opción de que la Tierra no era el centro del Universo, sino sólo uno más entre los varios planetas que giraban alrededor del Sol, los hombres han especulado sobre si los demás planetas no estarían también habitados. Sin embargo, tales especulaciones habían permanecido siempre en un plano puramente filosófico, tal como ocurre con las especulaciones sobre el sexo de los ángeles o sobre si fue antes el huevo o la gallina.

Podemos decir que la advertencia empezó realmente con Schiaparelli y Lowell, en particular con este último.

Schiaparelli fue el astrónomo italiano que descubrió los canales de Marte, pero nunca aseguró que se tratase de construcciones artificiales. Fue Lowell quien, tras estudiarlos y dibujarlos, dio rienda suelta a su imaginación, diciendo que se trataba de canales artificiales. Prueba positiva de que Marte estaba habitado.

Es cierto que fueron pocos los astrónomos que se pusieron de parte de Lowell; algunos incluso negaron la existencia de las rayas sobre la superficie del planeta o aseguraron que se trataba de ilusiones ópticas, mientras que

otros explicaron que se trataba de líneas naturales, no de canales.

Pero las gentes, que siempre tienden a acentuar lo positivo, en su inmensa mayoría eliminaron lo negativo y siguieron a Lowell. Exigieron y obtuvieron millones de palabras de especulación científica sobre los marcianos, fantasías al estilo de los suplementos dominicales.

Luego, las novelas de ciencia ficción se apoderaron del campo de la especulación. Ganaron su primera y resonante batalla en 1895, cuando H.G. Wells escribió su magnífica obra «La guerra de los mundos», un clásico que describe la invasión de la Tierra por los marcianos, quienes consiguen atravesar el espacio con proyectiles disparados por los cañones de Marte.

Esa novela, que se hizo inmensamente popular, ayudó a preparar a la Tierra para la invasión. Orson Welles le dio otro empujón. En 1938, el día de los Inocentes, emitió un programa radiofónico que consistía en una dramatización del libro de Wells, y demostró, sin quererlo, que muchos de nosotros ya estábamos entonces dispuestos a aceptar la invasión de los marcianos como algo real. Miles de personas en todo el país, que pusieron sus receptores una vez empezado el programa y por lo tanto no escucharon el aviso de que se trataba de algo ficticio, creyeron que se trataba de hechos reales, que era cierto que habían llegado los marcianos.

Las novelas de ciencia ficción tuvieron un gran auge, lo que, unido al desarrollo de la ciencia, hizo cada vez más difícil el deslindar, en las novelas, la ciencia de la fantasía.

Cohetes V-2 cruzando el Canal y bombardeando Inglaterra. Radar, sonar. Luego la bomba A. La energía atómica. La gente empezó a creer que la ciencia podía llevar a cabo cualquier cosa que se propusiese.

Lanzados desde White Sands, en Nuevo México, los cohetes interplanetarios experimentales empezaron a salir de la atmósfera terrestre. Un satélite artificial dispuesto pa-

ra girar alrededor de la Tierra. Muy pronto llegaríamos a la Luna.

La bomba H. Los platillos volantes. Desde luego, ahora ya sabemos lo que son, pero entonces no se sabía, y muchos creían en su origen extraterrestre.

El submarino atómico. El descubrimiento de la metzita en 1963. La teoría de Barner demostrando que Einstein estaba equivocado y probando que velocidades superiores a la luz eran posibles.

Cualquier cosa podía ser verdad, y mucha gente esperaba que sucediera.

Esa psicosis de anticipación no sólo afectaba al hemisferio occidental. En todas partes, la gente estaba dispuesta a creer cualquier cosa, como aquel japonés, en Yamanashi, que decía ser un marciano y fue rápidamente linchado por una turba que creyó en sus palabras. Luego, las algaradas de Singapur en 1962. Y se sabe ahora que la revolución filipina del año siguiente fue iniciada por una secta secreta mahometana, que decía estar en comunicación mística con los venusianos y actuar bajo su guía, consejo y dirección. Y en 1964 ocurrió aquel trágico accidente de los dos aviadores del ejercito estadounidense que se vieron obligados a hacer un aterrizaje forzoso con la nave espacial de prueba que pilotaban. Tuvieron que aterrizar al sur de la frontera y fueron entusiasta e inmerecidamente eliminados por los mexicanos, quienes, al verlos salir del aparato con sus trajes y cascos espaciales, los tomaron por marcianos.

Sí, debimos estar preparados para lo que ocurrió. Pero, ¿y para el modo en que llegaron? Sí y no. La ciencia ficción ha presentado a los marcianos bajo mil aspectos distintos—altas sombras azules, reptiles microscópicos, gigantescos insectos, bolas de fuego, flores ambulantes, lo que se quiera—, pero siempre evitó cuidadosamente lo vulgar, y lo vulgar resultó ser cierto. En realidad eran pequeños hombres verdes.

Pero con una diferencia..., y qué diferencia. Nadie podía estar preparado para eso.

Debido a que muchas personas aún creen que ese dato puede tener cierta importancia sobre la cuestión, creo que debo decir que el año 1964 empezó sin que nada lo distinguiera de la docena de años anteriores.

La única diferencia fue que empezó un poco mejor. La depresión del principio de la década había terminado, y la Bolsa alcanzaba nuevas cimas nunca vistas.

La guerra fría seguía congelada, y no había más señales de una inminente explosión que en cualquier otra época después de la crisis de China.

Europa se encontraba más unida que nunca desde la segunda guerra mundial, y una restablecida Alemania ocupaba de nuevo su lugar entre las grandes naciones industriales. En los Estados Unidos, los negocios eran florecientes y la mayor parte de los hogares disponían de dos automóviles. En Asia había menos hambre que de costumbre.

Sí, 1964 empezó bien.

Primera parte

La llegada de los marcianos

1

Tiempo: primeras horas de la tarde del jueves 26 de marzo de 1964.

Lugar: una cabaña de troncos, de dos habitaciones, en el desierto, a kilómetro y medio de su vecino más próximo y no muy lejos de Indio, California, a unos doscientos cuarenta kilómetros al este y ligeramente al sur de Los Ángeles.

En escena, al levantarse el telón: Luke Deveraux, solo.

¿Por qué empezamos por él? ¿Y por qué no? Por algún sitio habrá que empezar. Y Luke, como escritor de novelas de ciencia ficción, debería haber estado más preparado que nadie para lo que iba a ocurrir.

Les presentamos a Luke Deveraux. Treinta y siete años, un metro setenta y setenta kilos de peso. Posee un selvático cabello rojo al que no es posible dominar sin la ayuda del fijador, y Luke nunca ha querido usar fijador. Debajo de los cabellos, unos ojos azul pálido, de mirada ausente; la clase de ojos que uno duda que le estén viendo, aunque le miren directamente. Debajo de los ojos, una larga y fina nariz, bastante centrada en un rostro alargado, sin afeitarse durante las últimas cuarenta y ocho horas.

En aquel momento, las 8:14 de la tarde, hora del Pacífico, vestía una camiseta blanca, que ostentaba en el pecho, con grandes letras rojas, las siglas de YWCA, unos vaqueros desteñidos y zapatillas muy usadas.

No dejen que el YWCA de la camiseta les engañe. Luke nunca había sido ni será miembro de esa organización de jóvenes católicas. La camiseta pertenecía a Margie, su es-

posa o ex esposa. (Luke no estaba seguro de su posición legal con respecto a ella; se había divorciado hacía siete meses, pero la separación definitiva no sería concedida hasta dentro de otros cinco). Cuando ella dejó la mesa y la cama de Luke debió de dejar también aquella camiseta entre las de él. Luke rara vez usaba camisetas en Los Ángeles, y no la había descubierto hasta aquella misma mañana. Le quedaba muy bien —Margie era una muchacha bastante grande—, y Luke había pensado que, solo y en el desierto, bien podía usarla durante un día antes de clasificarla como un trapo para limpiar el coche. Ciertamente no valía la pena devolverla, aunque estuvieran en mejores relaciones que las que disfrutaban en la actualidad. Margie se divorció de la YWCA mucho antes que de Luke, y no la había usado desde entonces. Quizá la había puesto deliberadamente entre las camisas de él, como una broma, cosa que Luke dudaba, recordando el humor que tenía Margie cuando se marchó.

Bien, durante el día había pensado que si ella la dejó como una broma, le había salido el tiro por la culata, porque él la encontró en un momento en que se hallaba solo y podía usarla. Y si por casualidad la dejó con toda deliberación para que él la encontrara, pensara en ella y se lamentara de su pérdida, también en eso se engañaba. Volvía a estar enamorado, y de una muchacha que era el reverso de Margie en casi todos los aspectos. Su nombre era Rosalind Hall, y era taquígrafa en la Paramount. Estaba perdido por ella. Loco por ella. Rabioso por ella.

Lo cual sin duda era un factor importante, porque en aquel momento se encontraba solo en la cabaña, a muchos kilómetros de una carretera asfaltada. La cabaña de troncos pertenecía a un amigo suyo, Carter Benson, también escritor, quien, en ocasiones, en los meses más frescos del año, la utilizaba por la misma razón que había movido a Luke a dirigirse allí: el deseo de la soledad y de encontrar argumento para sus obras.

Era ya la tarde del tercer día que Luke pasaba allí y aún seguía buscando sin encontrar nada, excepto grandes dosis de soledad. Ninguna llamada telefónica, ninguna carta, y tampoco había visto a otro ser humano, ni siquiera a distancia.

Pero estaba seguro de que aquella misma tarde había empezado a barruntar una idea. Algo todavía demasiado vago, demasiado diáfano para empezar a escribir, ni siquiera en forma de notas; algo tan impalpable, quizá, como una sombra fantasmal, pero de todos modos era algo. Aquél era el principio, esperaba, y suponía una gran mejora con respecto a cómo le iban las cosas en Los Ángeles.

Estaba en el peor bache de su carrera de escritor, y casi le volvía loco el pensar que no había escrito una sola línea en varios meses. Su editor le bombardeaba con frecuentes cartas por correo aéreo desde Nueva York, pidiendo por lo menos un título que pudieran anunciar como su próximo libro. ¿Y cuándo terminaría el libro y podrían preparar su edición? Teniendo en cuenta que le habían adelantado quinientos dólares a cuenta, había que admitir que tenían derecho a preguntar todo aquello.

Finalmente, una sombría desesperación —y hay pocas desesperaciones más sombrías que la de un escritor que debe crear y no puede— le había impulsado a pedir prestadas las llaves de la cabaña de Carter Benson y el permiso para utilizarla mientras fuese necesario. Por suerte, Benson acababa de firmar un contrato de seis meses con unos estudios de Hollywood y no la usaría, por lo menos durante ese tiempo.

De manera que aquí estaba Luke Deveraux y aquí seguiría hasta que hubiera encontrado un argumento y empezado su libro. No sería necesario que lo terminase aquí; una vez que hubiese arrancado, sabía que podía continuar en su ambiente habitual, sin negarse el placer de pasar las tardes con Rosalind Hall.

Durante los tres últimos días, desde las nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde, había paseado por la cabaña, tratando de concentrarse. Sobrio, y a veces sintiendo que estaba a punto de enloquecer. Por las tardes, comprendiendo que esforzar su cerebro durante más horas le haría más mal que bien, se permitía descansar y beber unas copas. Exactamente cinco copas; una cantidad que sabía que le aflojaría los nervios, sin llegar a emborracharle ni darle un terrible dolor de cabeza a la mañana siguiente. Espaciaba cuidadosamente sus cinco copas para que durasen hasta las once de la noche. Las once en punto era su hora de irse a la cama mientras vivía en la cabaña. No hay nada como la regularidad, pero hasta el momento no le había servido de nada.

A las 8:14 ya estaba en su tercera copa —la que debía durarle hasta las nueve— y acababa de beber el segundo sorbo. Estaba tratando de leer sin mucho éxito, porque su mente, ahora que quería concentrarse en la lectura, prefería pensar en el posible argumento de su novela. Las mentes demuestran con frecuencia ese tipo de perversidad.

Y quizá porque no la perseguía, estaba mucho más cerca de la idea de un argumento de lo que lo había estado en mucho tiempo. Se hallaba vagamente pensando qué sucedería si los marcianos...

Llamaron a la puerta. La miró por un instante, sorprendido, antes de dejar el vaso y levantarse de la silla. La noche era tan tranquila que no era posible que un coche se hubiera acercado sin que él lo oyera, y desde luego no era posible que nadie hubiese llegado andando hasta allí.

Se repitió la llamada, más fuerte. Luke se acercó a la puerta y la abrió, mirando hacia el desierto iluminado por la luna. En el primer momento no vio a nadie; luego miró hacia abajo.

—¡Oh, no! —dijo.

Era un hombrecillo verde, de unos setenta y cinco centímetros de altura.

—Hola, Mack —dijo el hombrecillo—. ¿Es esto la Tierra?

—¡Oh, no! —dijo Luke Deveraux—. No puede ser.

—¿Por qué no puede ser? Tiene que serlo. Mira —señaló hacia arriba—. Una luna, y del tamaño y distancia correctos. La Tierra es el único planeta en el sistema con una sola luna. Mi planeta tiene dos.

—Oh, Dios —dijo Luke—. Sólo hay un planeta en el sistema solar que tenga dos lunas.

—Mira, Mack, a ver si te espabilas. ¿Es esto la Tierra o no?

Luke movió la cabeza asintiendo, sin poder pronunciar una sola palabra.

—Muy bien —dijo el hombrecillo—. Eso ya está arreglado. Ahora, ¿qué diablos te pasa?

—G... g... g —dijo Luke.

—¿Estás loco? ¿Y ésa es la forma en que recibes a los forasteros? ¿No vas a invitarme a entrar?

Luke dijo:

—Eh... entra...

Y se apartó a un lado.

Una vez dentro, el marciano miró a su alrededor y arrugó el ceño.

—Vaya un lugar más destartalado —dijo—. ¿Todos vosotros vivís así, o tú eres uno de los que llaman basura blanco? *Argeth*, qué muebles más feos.

—No los escogí yo —dijo Luke, pasando a la defensiva—. Pertenece a un amigo mío.

—Entonces, tienes un pésimo gusto para escoger a tus amigos. ¿Estás solo?

—Eso es lo que me pregunto en este instante —dijo Luke—. No estoy seguro de que crea en tu existencia. ¿Cómo puedo saber que no eres una alucinación?

El marciano se sentó ágilmente en una silla y se quedó balanceando las piernas.

—No puedes saberlo. Pero si lo piensas es que te falta un tornillo.

Luke abrió la boca y volvió a cerrarla. De repente recordó su vaso y tanteó a sus espaldas sin volverse, haciendo caer el vaso con la mano en vez de sujetarlo. No se rompió, pero derramó su contenido encima de la mesa y por el suelo antes de que pudiera ponerlo derecho. Luke maldijo en voz baja y luego recordó que de todos modos la mezcla no era muy fuerte. Y en vista de las circunstancias quería un trago que fuese un trago. Se acercó al fregadero, donde se hallaba la botella de whisky, y se sirvió medio vaso, solo.

Bebió un sorbo y casi se ahogó. Cuando se aseguró de que el licor iba a seguir el camino adecuado, volvió a sentarse en una silla con el vaso bien apretado en la mano, observando al visitante.

—¿Me estás estudiando? —dijo el marciano.

Luke no contestó. Lo estaba examinando con atención, tomándose todo el tiempo necesario. Su visitante era humanoide, pero decididamente no era humano. La ligera sospecha de que uno de sus amigos hubiese contratado a un enano de circo para gastarle una broma desapareció.

Marciano o no, el hombrecillo no era humano. No podía ser un enano porque su torso era muy corto con respecto al largo de sus delgadas piernas y brazos; los enanos tienen torsos largos y piernas cortas. En proporción, la cabeza resultaba grande, y mucho más esférica que una cabeza humana; el cráneo era completamente calvo. No se veía ninguna señal de barba, y Luke tuvo el presentimiento de que aquella criatura estaba desprovista de pelo en todo el cuerpo.

El rostro... bueno, tenía todos los elementos que debía tener un rostro, pero también resultaban desproporcionados. La boca era el doble de grande que una boca humana, al igual que la nariz; los ojos, tan pequeños como brillantes, y muy juntos. Las orejas también eran muy pequeñas, y carecían de lóbulo. A la luz de la luna la tez le pareció de un verde oliva; pero bajo la luz artificial, notó que era de un color verde esmeralda.

Cada una de sus manos disponía de seis dedos. Probablemente significaba que también tendría seis dedos en cada pie, pero como llevaba zapatos no era posible comprobarlo.

Los zapatos eran de un verde oscuro, igual que el resto de sus ropas, unos ajustados pantalones y una camisa suelta, confeccionados en el mismo material, algo que se parecía a la gamuza o a una piel de antílope muy suave. No llevaba sombrero.

—Empiezo a creer en ti —dijo Luke, dudoso.

Volvió a levantar el vaso. El marciano gruñó:

—¿Todos los humanos son tan estúpidos como tú? ¿Y tan mal educados? ¡Estar bebiendo sin ofrecer una copa a un invitado!

—Perdón —dijo Luke.

Se levantó y se dirigió en busca de la botella y de otro vaso.

—No es que yo la quiera —dijo el marciano—. No bebo. Un vicio muy desagradable. Pero podías haberla ofrecido.

Luke volvió a sentarse y suspiró.

—Debí hacerlo —dijo—. Lo siento. Empecemos de nuevo. Me llamo Luke Deveraux.

—Un nombre muy tonto.

—Quizás el tuyo me parezca tonto a mí. ¿Puedo preguntar cuál es?

—Claro, pregunta.

Luke suspiró de nuevo.

—Los marcianos no usamos nombres. Es una costumbre ridícula.

—Sin embargo, son útiles cuando queremos que alguien venga. Igual que... ¿Oye, no me has llamado Mack?

—Claro. Nosotros llamamos a todo el mundo Mack, o su equivalente en el idioma que estemos hablando. ¿Por qué molestarse en aprender un nuevo nombre para cada persona a la que te diriges?

Luke volvió a levantar el vaso.

—Hum —dijo—, quizá tengas razón en eso, pero pase-mos a algo más importante. ¿Cómo puedo estar seguro de que estás realmente aquí?

—Mack, ya te he dicho que te falta un tornillo.

—Esa es la cuestión —dijo Luke—. ¿Estaré loco? Si es-tás realmente aquí estoy dispuesto a admitir que no eres un humano, y si admito eso no hay ninguna razón para que no acepte tu palabra respecto al sitio de donde vienes. Pero si no estás aquí, entonces es que estoy borracho o padezco una alucinación. Antes de que llegaras sólo había tomado dos copas, muy flojas, y no me hicieron ningún efecto.

—Entonces, ¿por qué te las bebiste?

—Eso no tiene nada que ver con lo que discutimos. Así pues, sólo quedan dos posibilidades: o realmente estás aquí, o me he vuelto loco.

El marciano emitió un sonido desagradable y descortés.

—¿Y que te hace pensar que esas dos posibilidades son autoexcluyentes? Naturalmente que estoy aquí. Pero no es-toy tan seguro respecto a que no estés loco, y tampoco me importa.

Luke suspiró. Parecían requerirse muchos suspiros para tratar a los marcianos. O mucha bebida. Su vaso estaba va-cío. Se levantó para volverlo a llenar. Whisky solo otra vez, pero ahora con un par de cubitos de hielo.

Antes de sentarse, tuvo una idea. Dejó el vaso encima de la mesa, dijo: «Perdona», y salió al exterior. Si el mar-ciano era real, debería tener su nave espacial por allí cerca.

¿Probaría algo el que la viese?, se preguntó. Si veía al marciano, ¿por qué no podía llegar su alucinación hasta ver su nave espacial?

Pero no había ninguna aeronave imaginaria o real. La lu-na brillaba alegremente y el terreno era liso como la palma de la mano. Podía ver a gran distancia. Dio la vuelta a la ca-baña y alrededor de su coche, aparcado a espaldas de la